

Del Pedagogo al Peda-“GoGó”¹

Marcos Román González²

Al visualizar el origen de la figura del pedagogo, nos situamos en la Grecia de la época clásica. El pedagogo era un esclavo al servicio de las familias aristocráticas encargado de acompañar a los niños (*paidós*) en el trayecto hacia la escuela. En esta imagen se nos revela pues el espíritu fundador de nuestra profesión:

•El pedagogo como figura vinculada al poder y a los más virtuosos (*aristós*) de la sociedad.

•El pedagogo como figura de acompañamiento, de paseo; con claras resonancias “peripatéticas” y filosóficas: aquél que te ayuda a recorrer un “*pathos*”, es decir, a encontrar tú camino o destino.

•El pedagogo como figura que actúa fuera de la escuela o, más exactamente, en los márgenes de la escuela.

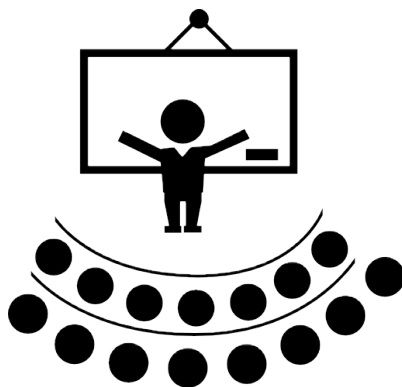
Esta triple distinción nos ayuda a situar el alma original del pedagogo, y a diferenciarla de otras afines como la del maestro o el profesor. El pedagogo se vincula primariamente con la virtud y el ejercicio de ésta con excelencia y liderazgo; de hecho, en su etimología ya aparece la partícula “*ágw* (*ágō*)”, que significa “líder”. Igualmente, el pedagogo no nace como un transmisor de ciencia y conocimiento, algo propio de la docencia, sino como adjunto a los devaneos del niño en formación, es decir, conductor, guía. Parece que el terreno de juego del pedagogo nunca fue la escuela o el aula, ruedo natural de maestros y profesores, sino precisamente los territorios limítrofes de la institución educativa. El pedagogo, pues, como “membrana celular” entre “sociedad y escuela”, que media en sus intercambios y procura su mutuo equilibrio.

Esta matriz fundacional de la pedagogía sufre una larga trayectoria histórica de transformación. En la Edad Media y Renacimiento, con la aparición y lenta construcción de los “*corpus*” de conocimiento, el pedagogo se va deslizándose hacia nuevos terrenos ligados a un papel de “guardián del saber”. Se arroga la misión de conservar la incipiente ciencia y administrar su difusión. Se aleja pues del niño para acercarse al libro. Podemos visualizar este estado en la película “El nombre de la rosa”, cuya intriga se centra en cómo los monjes-pedagogos medievales deciden sobre la ocultación de libros considerados potencialmente peligrosos para la doctrina imperante.

Con la llegada de la Ilustración y la Sociedad Industrial, el pedagogo evoluciona nuevamente. La creación de los grandes sistemas educativos nacionales y la extensión de la escolarización obligatoria y gratuita a amplias masas de población, resitúan al pedagogo como “difusor del saber” o, más exactamente, como la figura encargada de optimizar esa transmisión masiva de conocimiento en un proceso de aculturación

genérica de las sociedades contemporáneas en desarrollo. Así pues, en los siglos XIX y XX, se ha venido confundiendo al pedagogo con el didacta, en el sentido de un técnico orientado a promover la eficacia y la eficiencia de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Si la primera mutación del pedagogo fue “del niño al libro”; ésta segunda se podría enunciar como “del libro al metilibro”, es decir, el tránsito del pedagogo desde las fuentes primarias de conocimiento a la investigación sobre cómo los textos deben estar organizados y secuenciados para potenciar el aprendizaje.

Y entramos en el siglo XXI. La irrupción de internet y las TIC’s (Tecnologías de la Información y la Comunicación) provoca un nuevo cambio de rumbo en el devenir profesional del pedagogo. Con el desarrollo de las nuevas redes de datos, vastas y accesibles de manera inmediata, el educador en general y el pedagogo en particular pierden para siempre su carácter de fuente principal de información para el estudiante. Ahora bien, cobra una renovada relevancia el perfil del pedagogo como aquél que facilita al aprendiz pasar “de la información al conocimiento”. Comienza entonces a cerrarse el círculo que abrimos al inicio de este escrito, pues el pedagogo se reorienta otra vez hacia el niño, conduciéndole, guiándole en el paseo virtual por este ingente mar de datos con el objetivo de orientarle en el filtrado y análisis crítico de los mismos, y posibilitarle pasar de una vaga masa de información a un es-



culpido conocimiento.

Este reciente aspecto del pedagogo, como proveedor-facilitador de sentido crítico y ético a la información que llega al estudiante, viene siendo señalada de manera reiterada en la literatura de nuestro campo. Pero, si bien el papel del pedagogo se ha establecido claramente en la Sociedad del Conocimiento, no se ha hecho de igual manera en el otro campo complementario de nuestro contexto actual: la Sociedad del Espectáculo.

Podemos caracterizar esta Sociedad del Espectáculo a partir de los nuevos deseos y necesidades que genera en sus miembros (*homo spectaculis*). Más concretamente:

•Deseo de individualización: el “*homo spectaculis*” necesita ser tratado como individuo

singular; exige publicidad personalizada; exalta la “customización” de sus bienes de consumo; reedifica y deifica su perfil individual en las redes sociales, etc...

•Deseo de especialización: en el sentido de que el “*homo spectaculis*” necesita ser considerado como algo especial y único; exaltación de nuevos síndromes y enfermedades (*celiacos*, *TDAH*, *asma*...) como sublimación de tal pulsión; propagación de concursos y certámenes en busca del talento, etc.

•Deseo de refuerzo: el “*homo spectaculis*” necesita ser reconocido y reforzado por otros; exacerbación de los jurados en los programas de televisión; búsqueda continua del “*Me gusta*” en las redes sociales, etc.

Este postmoderno perfil de necesidades del “*homo spectaculis*” se refleja perfectamente, y de manera aterradora, en la popularización y democratización de un acto antes limitado a sólo unos pocos: el “*casting*” (proceso de selección del reparto o elenco de una película, o de los participantes en un espectáculo o concurso). En la actualidad, parece habitual que cualquier ciudadano se presente a uno, e incluso se advierte un progresivo solapamiento entre los “*casting*” de selección para un concurso televisivo en busca de talento y los procesos de selección de personal en las empresas, cubriendo de un plumazo todas las necesidades antes apuntadas: “¡Eh, miradme! ¡Soy Marcos Román! ¡Tengo un talento especial! ¡Decídmelo!”.

Si partimos de la premisa de que el pedagogo debe dar una respuesta propia en este nuevo mundo, comencemos por contraponerlo con su reverso oscuro en este contexto: la figura del “jurado”. Los miembros del jurado en este mundo “*casting*” son figuras de reconocida autoridad que parecen encarnar las ansias más profundas de los humanos postmodernos actuales: comienzan preguntándote tu nombre (individualización), siguen solicitándote una muestra de tu talento (especialización) y emiten su juicio (refuerzo). Lo de menos parece ser si dicho juicio es positivo o negativo, lo fundamental es el mero acto de reconocimiento.

Por tanto, podríamos identificar a los jurados como una manifestación, en su versión más obscena, de lo que la sociedad está demandando a los pedagogos actuales. Digo obscena porque el jurado, aunque responde a la necesidad de la persona, busca fines espurios y comerciales, en ningún caso los que tienen que ver con el perfeccionamiento del sujeto y que son los propios del marco educativo. El jurado es un peda-“*gogó*”, una degeneración del pedagogo que busca entretener como una bailarina en una discoteca.

Así planteadas las cosas, ¿cómo debe ser el pedagogo postmoderno, reverso luminoso del jurado? A mi entender, debe cumplir las siguientes funciones, que se enraizan directamente con las señaladas al inicio:

•El pedagogo detecta el talento existente en cada niño, lo promueve y facilita su entrenamiento sistemático para llevarlo a la excelencia. Ya no hay espacio para sistemas educativos que solicitan del estudiante asistencia continuada durante un tiempo

brutalmente prolongado para acabar indiferenciados en el mundo social y laboral. Si un sistema educativo no sabe decir de un niño, tras 10 años de obligatoriedad, cuál es su talento sino sólo cuál es su déficit; entonces no merece la pena el trayecto.

•El pedagogo ayuda al niño a encontrar una vocación, un camino o un sentido. Dentro de la aparente infinitud de posibilidades del mundo actual, la mejor aportación que se puede hacer al estudiante es dotarle de un objetivo. Ya basta de sistemas educativos que no se dirigen a ningún objetivo concreto (o que se basan en promesas implícitas, como la inserción laboral, que ya no se sostienen y que desembocan en la quiebra del contrato social).

•El pedagogo facilita el movimiento del estudiante desde el "interior de la escuela" hacia el "exterior de la escuela" y viceversa. Ya basta de sistemas educativos impermeables.

Así, el pedagogo se transmuta en peda-"go-go" (del verbo inglés, "to go"): alguien que detecta, dirige y empuja. Para valorar a un peda-"go-go" habría que preguntarse: ¿a cuánto individuos detectó? ¿A cuántos de ellos empujó hacia la excelencia, a lo mejor de sí mismos? Un colegio de pedagogos del futuro debería hacer un reconocimiento explícito de estos logros; y cada uno de sus miembros debería presentar su bagaje

particular de, volviendo a la imagen del pedagogo clásico, los niños que acompañó a los límites de la escuela.

EIX

- 1- Artículo presentado en el VI Premio de Ensayo Pedagógico Frederic Company i Franquesa 2012
- 2- Psicopedagogo



Federació Europea de Professionals de la Pedagogia Secretaria General Delegació a Catalunya

Federació Europea de Professionals de la Pedagogia
projecció europea i internacional de la professió pedagògica
per a la promoció i difusió del perfil professional del pedagoga
i del seu codi deontològic.

La Nova Manera de Pintar!

PLAYCOLOR®

**Tèmpera
Sòlida
Escolar**

I ara també crea
la teva pròpia MODA!

PLAYCOLOR



**Per decorar
teixits!**

Recomanat
pel col·legi
de Pedagoges
de Catalunya

Distribuidora Universal, S.A. (DUNSA)
C/ Josep Maria Sert, 17
08530 La Garriga · Barcelona · Spain
Tel. + 34 93 871 80 64 - Fax +34 93 871 74 91



www.instant.es

**Fàcil d'utilitzar!
Sense pincell!
Colors vius!**

**Seca ràpidament!
Sense aigua!
Molt net!**